

### UN CUADRO DE MORALES EN OLITE

En el Convento de M. M. Clarisas de Olite, existe un cuadro de Luis Morales cuya procedencia se ignora, pues las monjas no tienen dato alguno sobre él.

Se trata de un lienzo de 1,10 ms. por 0,85, representando a la Sagrada Familia.

Aparece en primer término, la Virgen sentada con el divino Niño, que juega con San Juan, quien lleva en mano izquierda un pájaro.

Al frente, en segundo término, en la penumbra, la figura de San José.

La Virgen, que tiene fina cara alargada, viste manto azul que le cubre la cabeza, dejando ver los cabellos.

El cuadro, es casi idéntico a la tabla de Roncesvalles, recientemente restaurada en el Museo del Prado, por intermedio de la Institución «Príncipe de Viana».

Idéntica disposición de los personajes, idénticos colores, semejanza casi absoluta.

El rostro de la Virgen, más alargado en el cuadro de Olite que en el de Roncesvalles, y en éste, San Juan con un corderito en la mano, mientras que en aquél lleva un pájaro.

El estado de conservación del cuadro de Olite es bueno, mejor que lo era el de Roncesvalles. Tiene algunos saltados y bastante suciedad. Se trata, pues, de una buena obra de Morales, réplica de la de Roncesvalles.

J. E. U.

### UNAS HORAS EN LA CARTUJA

«Cuánto hecho de menos la dulce paz de Poyo, la lluvia (sí, la lluvia melancólica que veía caer desde mi celda...), el mismo frío, que me obligaba a veces a salir a pasear a largas zancadas por el claustro; los paseos a Combarro, las oraciones en el coro o aquellas horas maravillosas que a veces pasaba yo solo en la tribuna alta de la iglesia, en la sombra, casi a oscuras, con la vista fija en la lamparilla del presbiterio...», escribía don Manuel García Morente, desde Madrid, el 16 de noviembre de 1939, al R. P. Comendador del Convento de Mercedarios de Poyo, en Galicia. El primer número de la revista «*Estudios*», que publica la Orden de la Merced, inserta, ahora, la carta de la cual he destacado esa frase. En ella manifiesta toda la paz de su corazón un converso (que halló, por cierto, calurosa acogida en el ámbito cultural de PRINCIPE DE VIANA). Pero su lectura trae a la memoria otra muy reciente: la de un libro, que está ahí, en mi mesa, y el cual, pese a ser, en rigor, un reportaje hecho por un periodista, tiene, en virtud del tema abordado y del fervor contenido, dotes que le truecan en un libro de meditación reiterada.

Vuelvo, pues, a sus páginas. El libro se titula: «*Estampas cartujanas*», y es su autor D. Antonio González, en cuyas manos está, como es sabido, el diario bilbaíno «*La Gaceta del Norte*». Fiel a su vocación, González, que ha llamado más de una vez a la puerta de las cartujas, lo hace ésta con ánimo

de interrogar a los monjes, de seguir sus trabajos y sus asuetos, de asistir a sus oraciones, a sus ceremonias religiosas y hasta le es dado, en esta ocasión, presenciar la santa muerte de uno de ellos. Todo viene intercalado de una magnífica serie de fotografías, entre las cuales no son ciertamente las dos que en diferentes posturas ofrece del San Bruno de Pereira, las menos impresionantes. El periodista ha traspasado los umbrales de este recinto donde es patente, hoy quizás más que nunca, que «en tanto el mundo gira, la Cruz permanece». Halla en él, ante todo, ese frío tremendo, que en la invernada burgalesa, tiene aterida a la cartuja de Miraflores. Pero, bien pronto, halla, bajo un tibio sol, el calor interior que irradian estos monjes enervados y cordiales, llenos de amor a Dios y al prójimo. Estos hombres que renunciaron a las comodidades del siglo —y que, en algunos, fué un considerable renunciar, pues que poseían muchos bienes, como el joven del Evangelio—, han elegido, entre todos los monasterios, quizás el más bello en su recogimiento artístico. Es el único goce —con la contemplación de la naturaleza— que se reservaron, en su total desprendimiento..., y González observa hasta qué punto la exclusiva dedicación les hace, finalmente, indiferentes a todo recreo de los sentidos: hasta al más elevado y más lícito. Halla esas almas, candidas, sosegadas porque acertaren a revestirse las armas de la luz, según aquella maravillosa expresión del Apóstol. Y, en sus albos hábitos, advierte la armonía de movimientos que únicamente logra la suprema serenidad interior; ni la muerte consigue alterar el espíritu de quienes viven, como «nacidos para morir», en su espera: hacia el mundo tampoco habrá de descomponer un sólo pliegue. Este silencio del cartujo parece una consecuencia, más aún que un árduo propósito: todo es, en él, tácito. Por eso el peregrino encuentra, en ese ambiente, hueco donde reposar su fatiga: recogimiento retraído y afable caridad de quienes edifican, con su paz, a los demás hombres. «Mi paz os dejo; mi paz os doy», decía el Señor. «Yo vuestra paz os dejo, y me deja», piensa el visitante, que no ha de hallar ya otra, al alejarse. Pero, antes de partir, ha visto enterrar a un cartujo, y ponerle una Cruz de madera, sin inscripción. Este cartujo entra en el olvido; no renunció a la santidad, pero sí a la santificación: «porque, por este monje ejemplar que vivió y murió en loor de santidad, la Cartuja no elevará preces de beatificación ni canonización». Pero él sabía que Dios le ha visto. Y muere lleno de contento, con su fe puesta en la Resurrección de la carne y en Dios que conoce su sacrificio.

M. de *MONTESA*

#### LA EVANGELIZACION DE MINDANAO

En estos agitados tiempos en que se disputan los americanos y nipones, con encarnizada lucha, los despojos gloriosos de nuestras Antillas orientales, es grato recordar la historia pacificadora de la colonización española en el archipiélago filipino.

El archipiélago filipino lo constituyen millares de islas con un total de doce millones de habitantes. Los dos extremos, septentrional y meridional del archipiélago, los forman sus dos islas mayores: Luzón, con cinco millones